

quedó pendiente hasta el fondo del alma de puro conmovido. Dejó traslucir esta impresión, y poseído a su vez el imperio de una simpatía por este jefe tan poderoso y tan dulce, no se pudo resolver a dejarlo, quería seguirle, tal país de la aurora, al cielo. Las suplicas de su mujer y las ruegas de sus hijos le detuvieron.

Este encuentro le abrió el mar, por medio de los navegantes custodios de un mundo nuevo, al pie de un cielo que se abría para él, como si quisiera decirle: "¡Dios a la voz del padre Marchena!" y él se resolvió a dejar una vida consumida después de haber vivido en la gloria, para ir a Colon una impresión de frescura y salud.

Escenas de este género, que a veces se ven en el entusiasmo contemplador de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes.

Unos navegantes, que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes. Unos navegantes, que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes. Unos navegantes, que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes.

Obstáculos más serios que los que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes. Obstáculos más serios que los que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes.

Esta es una de las escenas que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes. Esta es una de las escenas que se ven en el entusiasmo de los navegantes, se ven también en el entusiasmo de los navegantes.

—Te ha sucedido lo mismo que a mi hermano Bartolomé. —Llora, dice, llora, llora.



CAPTURA DEL CAONABO.

Efectivamente; Colon estaba salvado. Para dominar una situación cuyas dificultades no habían contribuido poco á abatirle, sentíase como reforzado con la presencia de aquel hermano á quien conocía por tan enérgico, tan inteligente como adicto.

Bartolomé estaba en Francia, donde buscaba un protector á Cristóbal, cuando al saber la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, nuestro rey Carlos VIII le había hecho un magnífico regalo, para que sin retardo pudiera reunirse á su hermano en España. Pero, por más aprisa que anduvo, no había podido llegar hasta después de la salida de la segunda expedición.

Púsole entonces la reina en estado de corresponder á la invitación escrita del Almirante, y habíase llevado de la corte la impresión de un amable recibimiento y la seguridad de que su hermano no había perdido en ella nada de su crédito.

Muy luego quedó confirmado este testimonio por la llegada de cuatro carabelas que traían á la colonia todo lo que su virrey había pedido para ella, y al propio tiempo una carta y regalos de Isabel, en los que la bondad y la amable previsión de aquella reina igualaban á su magnificencia.

Pero los elementos de una discordia que él había podido creer calmada en el momento de su partida, habían fermentado de tal manera durante su ausencia, que debió renunciar á ahogar por sus propias manos la rebelión de los Indios.

Esa rebelión se había hecho casi general ante las divisiones y exacciones de los españoles, y sobre todo de aquel Pedro Margarit de quien hemos hablado antes. Este oficial se había declarado casi en abierta rebelión en presencia de Diego Colon, y el padre Boil, después de haber hecho causa común con él, había acabado por faltar vergonzosamente á su misión, arrastrando en pos de sí cierto número de malcontentos.

Pronto había hecho lo mismo Pedro Margarit, y sus soldados no vivían ya sino del robo. Por esto los Indios habían degollado gran parte de ellos, después de haberse coaligado todos á dicho objeto. Solamente Guacanagari, justificando la confianza de Colon, había rehusado entrar en aquella liga cuya alma era Caonabo.

Después de haber fracasado en varios ataques, y entre otros delante del fortín, donde el fiel Ojeda se había arrojado con algunos valientes después de la defección de Margarit, había el señor de la Casa de Oro hecho adoptar á sus aliados el proyecto de matar por hambre á los españoles, cesando de cultivar la tierra y destruyendo las cosechas y los sembrados.

Instruido Colon de ese plan por Guacanagari, sentía más que nunca la necesidad de apoderarse de aquel que lo había concebido. Ojeda se lo entregó atado de pies y manos, merced á una estratagema que, en aquella época, podía pasar

por buena guerra contra un salvaje acostumbrado á los más infernales ardidés.

Sin embargo, á la noticia del hecho, se sublevó toda la isla; pero Bartolomé Colón dispersó toda aquella multitud con cien hombres de infantería y veinte caballos mandados por el valeroso Ojeda.

Poco después hizo Colón levantar tres fortalezas que dominaban las más importantes posiciones de la Vega Real, y encontrándose momentáneamente pacificada la comarca, se ocupó en buscar aquel oro que era el objeto de las apremiantes y perpétuas demandas de España.

Durante este tiempo iba Diego Colón á responder personalmente ante los dos reyes á las acusaciones formuladas contra su hermano. Tenía que habérselas con un partido fuerte, así que tuvo la mortificación de acompañar á Santo Domingo un delegado de la corona, encargado de abrir una información acerca de la conducta del virey.

Habíase contado con la vivacidad muy conocida de este para arrancarle ante semejante afrenta un acto, ó á lo ménos algunas palabras de rebeldía; pero, con grande confusión del mismo delegado, acogió Colón con dulzura á ese personaje, á pesar de que sabía que pertenecía en cuerpo y alma á sus enemigos.

Muy luego, sin embargo, viéndole desempeñar su misión con la más odiosa parcialidad, resolvió acompañarle á Castilla, á fin de defenderse allí, ya que se le reducía á tal extremo.

Partió, pues, á dicho efecto, llevándose en la fiel *Niña* los enfermos, los desalentados y treinta Indios.

Era uno de estos el cacique Caonabo. Servido con la más tierna abnegación por una India de elevada alcurnia, que lo había dejado todo para unirse al destino de un jefe tan ilustre, no desmintió el señor de la Casa de Oro la nobleza de su carácter y de su raza. En vano le juró Colón que le devolvería la libertad, que le llevaría otra vez á su país, á sus súbditos, después que le hubiese presentado á los dos reyes: incapaz de soportar la humillación que había sufrido, se extinguió su vida rápidamente. Uno de sus hermanos, cautivo como él, no le sobrevivió más que muy pocos días.

En estos momentos, *la Niña* y la segunda carabela que traía al acusador Aguado estaban ya rudamente atribuladas por la fatiga y las calmas de una navegación retardada por los vientos alisios y continuas tempestades. Muy luego se declaró la carestía, después el hambre y sus execrables consejos. Llegó un momento en que la tripulación rebelada pidió la vida de los Indios; quería aplicar la ley del talión á aquellos antropófagos; pero el Almirante les defendió, les protegió con su cuerpo, y se portó tan bien que ni uno solo de ellos había muerto cuando, con la gracia de Dios, las dos carabelas dejaron caer el ancla en la rada de Cádiz el día 11 del mes de Junio del año 1496.



por buena librería entre un salvaje acostumbrado á los usos y costumbres arduas.

Sin embargo, á la noticia del hecho, se sollevó toda la corte. Bartolomé Colón dirigió toda aquella multitud con diez hombres de escuadra y veinte caballos mandados por el valeroso Ojeda.

Poco después hizo Colón levantar tres fortalezas que dominaban las más importantes posiciones de la Vega Real, y encontrándose simultáneamente paralizada la comarca, se ocupó en buscar aquel oro que era el objeto de sus deseos, y tes y perpetuas desgracias de España.

Durante este tiempo de Diego Colón á regencia de su hermano, los reyes á las acusaciones formuladas contra su hermano. Colón que tenía un partido fuerte, así que vino la muerte de su hermano, se presentó como delegado de la corona, encargado de hacer que se cumpliera la voluntad del virey.

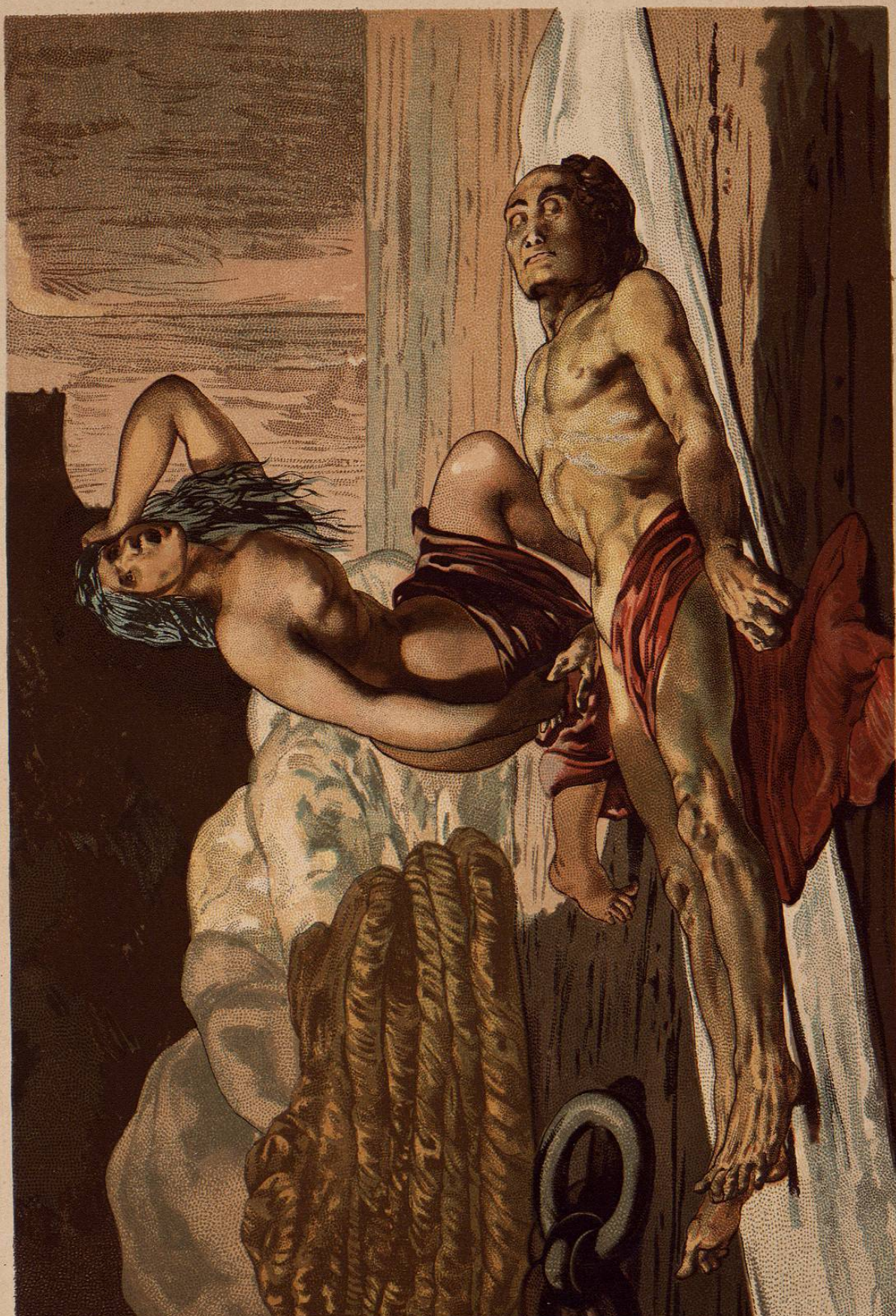
Habíase contado con la vivacidad que se le atribuye, y se le atribuye un semejante afrenta un acto, ó á lo mejor un acto de desobediencia, que causó una gran confusión del mismo delegado, y se le atribuye un acto de desobediencia, á pesar de que sabía que pertenecía en su calidad de delegado.

Muy luego, sin embargo, volviendo á su carácter de delegado, se le atribuye un acto de desobediencia, y se le atribuye un acto de desobediencia.

En estos momentos, la Niña y la segunda carabela, con el acusador Aguado estaban ya rudamente arribados por la falta de las calmas de una navegación retardada por los vientos áridos y atenuados.

Muy luego se declaró la carestía, después el hambre y sus exorbitantes precios. Llegó un momento en que la tripulación rebelde, la parte la vida de los españoles, que la ley del talion á aquellos antropófagos, pero el Almirante, que les protegió con su cuerpo, y se portó tan bien que ni uno solo de ellos se perdió. con la gracia de Dios, las dos carabelas agarraron cae el día 11 del mes de Junio del año 1496.

En estos momentos, la Niña y la segunda carabela, con el acusador Aguado estaban ya rudamente arribados por la falta de las calmas de una navegación retardada por los vientos áridos y atenuados. Muy luego se declaró la carestía, después el hambre y sus exorbitantes precios. Llegó un momento en que la tripulación rebelde, la parte la vida de los españoles, que la ley del talion á aquellos antropófagos, pero el Almirante, que les protegió con su cuerpo, y se portó tan bien que ni uno solo de ellos se perdió. con la gracia de Dios, las dos carabelas agarraron cae el día 11 del mes de Junio del año 1496.



MUERTE DE PONCE DE LEÓN.